

# LA MEMORIA DE LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA A LA DEMOCRACIA. FÁBRICA DE EMBELECOS E IDENTIDADES

RAIMUNDO CUESTA

*Noche fabricadora de embelecos*

*Loca, imaginativa, quimerista*

*Que muestras al que en ti su bien conquista*

*Los montes blancos y los mares secos.*

(Lope de Vega)

1.

## Historia con memoria y memoria con historia

El célebre soneto de Lope, dedicado a la noche que siembra de quimeras y embelecos todo lo que tocan su oscuras sombras, viene que ni pintado para dar cuenta de las espesas nieblas que necesariamente envuelven al recuerdo y al olvido, el haz y el envés de las identidades individuales y sociales. Somos, sin duda, en tanto que recordamos y somos de una determinada manera en cuanto nos recordamos manteniéndonos y perseverando en la evanescencia de nuestro ser. Nuestra identidad se sostiene a base de nuestros recuerdos y su destrucción, como pone de manifiesto la terrible enfermedad de Alzheimer, nos arroja a una agujero profundo y negro como la muerte. De la misma guisa, las sociedades amnésicas enloquecen hundidas en un mar de instantes sin anclajes de pasado ni horizontes de futuro. Entonces, como la noche, la memoria quimérica torna «los montes blancos y los mares secos».

Pero, decía Pessoa, «la memoria es olvido». En efecto, para recordar hay que olvidar, como para morir hay que vivir y cada vez que vivimos morimos un poco. A menudo, a fin de comprender las opuestas patologías de la memoria, se alude a *Funes el memorioso*, célebre personaje borgesiano que, tras un accidente, se convirtió en una monstruosa hipermemoria viviente incapaz de olvidar, y se contrapone al protagonista de la novela de Umberto Eco, *La misteriosa llama de la princesa Loana*, víctima de una pérdida total de la memoria

personal, náufrago del inmenso vacío de sus recuerdos. La escritura (y la escritura de la historia muy especialmente) se alza como una suerte de memoria silenciosa, no en vano la mnemotecnia, la retórica y la historia provienen de un fondo común, que se remonta a las especulaciones de Simónides de Queos y se prolongan en los llamados «teatros de la memoria», arquitecturas imaginarias, mediante los cuales el orador situaba mentalmente cada una de las partes y la secuencia de su discurso. En algunos textos de Platón se narra primorosamente el mito del origen de la escritura. En *Fedro o la belleza*<sup>1</sup> se cuenta cómo el dios inventor de la escritura y otras artes defendió ante el rey Thamus de Egipto sus benéficos efectos sobre la memoria, a lo que éste, mostrando más de una duda sobre las virtudes del invento, replicó que era preciso distinguir entre la memoria viva que ejercita cada cual en su pensamiento y la rememoración silenciosa que facilita la escritura. En nuestro tiempo digitalizado los innumerables e insaciables almacenes de memorias externas al sujeto prolongan de manera colosal ese silencioso discurrir de los recuerdos al punto de que los temores de Thamus renacen bajo la forma de una patología memorial en virtud de la cual se erigen monumentos como el *Survivors of the Shoah Visual History Foundation* patrocinado por el director de cine S. Spielberg, que pretenden vanamente alcanzar la utopía de apresar y enlazar digitalmente todas las experiencias de todos los testigos<sup>2</sup>. Esta compulsiva voracidad memoriosa supone una discutible museización de la memoria<sup>3</sup> y tiene que ver con una cierta espectacularización de las emociones y la conversión del pasado en parque temático para uso del turista y consumidor cultural. A decir verdad, «en nuestra sociedad actual la memoria estaría amenazada ya no por la supresión de información, sino por la superabundancia»<sup>4</sup>. Ante esta abrumadora megalomanía rememorativa vuelve a cobrar pleno vigor la exhortación que el viejo Sócrates hiciera al joven Fedro de pararse a distinguir entre la sabiduría y

la mera erudición, y entre la verdad y quién es el que la dice. Advertencia pertinente para adentrarnos en el significado profundo y no banal de la memoria.

Creo, en efecto, que a nosotros debe interesarnos la escritura del recuerdo que fija la memoria, pero también hemos de estar atentos tanto a la verdad (o las pretensiones de tal) como la procedencia de la misma, porque la memoria, fabricadora de embelecocos, es, por definición, selectiva e interesada. Y, por añadidura, el recuerdo individual siempre arrastra la vida social que lleva sobre sí el sujeto rememorante, de modo que, hasta cierto punto, toda memoria es colectiva. Esta nueva consideración de la dimensión social de la memoria vino a arrancarla de las garras del pensamiento conservador que siempre cultivó los evocadores jardines del recuerdo como premisa de un seguro contra el cambio y a favor de la tradición inmovilizadora. De ahí que la memoria, tras los trabajos del sociólogo Maurice Halbwachs o del inclasificable Walter Benjamin<sup>5</sup>, dejara de pertenecer al ámbito de lo puramente personal e individual, y se desprendiera de su adherencia a la nostalgia del pasado o a la contemplación acrítica de la tradición. Desde entonces la memoria no ha dejado de crecer como categoría cognitiva, hermenéutica y ética<sup>6</sup> hasta el punto que vivimos un cierto *turn to memory* de extensas e intensas repercusiones en el ámbito del conocimiento social pero también de la vida política. Ésta es también, sin duda, una herencia del *siglo de las catástrofes*, cuyo pasado se resiste a pasar y nos impone, de una forma u otra, un cierto *deber de memoria*.

Sin embargo, a menudo no pocos historiadores hispanos parecen ignorar esta realidad (particularmente viva en países como Alemania<sup>7</sup>, donde, a diferencia de España, el horror del fascismo desembocó en la derrota y el castigo penal de los responsables). En nuestro solar, frecuentemente se enfrentan memoria e historia como dos criaturas de naturaleza opuesta y de muy desigual valor. Así, para Santos Juliá<sup>8</sup>, el más insigne defensor de la contraposición entre ambas, «la memoria es como aquellas sirenas que, por la dulzura de su música, y el encanto de sus velos... pueden embaucar a historiadores que navegan por rutas desconocidas». La memoria, pues, sería como una peligrosa melodía que ataca a la razón historiográfica. El símil de las aventuras del astuto Ulises sirve para todo. Por ejemplo, M. Horkheimer y T. W. Adorno, en su espléndida *Dialéctica de la Ilustración* (Madrid: Totta, 1998), escrita en las postrimerías de la segunda guerra mundial, pergeñaron toda una crítica de la razón instrumental de la modernidad por lo que de negación del deseo comportan, a modo de alegoría premonitrice de la dialéctica de la Ilustración, las estrategias de evitación de las sirenas tomadas por la tripulación de la cóncava nave con destino a Ítaca (Horkheimer-Adorno, 1998: 87). Claro que los teóricos de la Escuela de Frankfurt se erigieron en debeladores del positivismo y la razón instrumentalista, mientras que nuestros actuales cultivadores de Clío prefieren, en su mayoría, empuñar el pebetero con la llama sagrada de la historia como ciencia incontaminada de memoria, deseo o cualquier otra pulsión humana. Salvando una suerte de complejo de inferioridad *ab origine* respecto a otras ciencias, la memoria sería para los cliopracticantes como una «hija menor» de la historia, una criatura que hay que cuidar y

usar con el debido respeto a la ciencia seria e incontaminada depositada en los respetables nichos académicos.

Simplemente esta acotación de la historia como ciencia y la memoria como apariencia constituye, en nuestra opinión, una falacia que omite la hondura de las relaciones entre las experiencias humanas y la producción de conocimiento histórico sobre ellas, conocimiento donde siempre las interconexiones entre sujeto y objeto adquieren una especial complejidad e imbricación. Tal supuesto además se ha utilizado como arma arrojadiza contra el llamado movimiento por la recuperación de la memoria histórica, que emerge en España con mucha fuerza a finales del siglo pasado, tras la victoria electoral del Partido Popular en 1996, y después de muchos años (el *gobierno largo* del PSOE) durante los que se acuñó y difundió una visión neutralista y reconciliadora de los momentos más traumáticos de nuestra historia, especialmente del legado de la Transición a la democracia. A pesar de todo, el término *memoria histórica* ha cobrado singular fuerza en el lenguaje público no especializado. En 2006 el Congreso declaraba año de la memoria el septuagésimo aniversario de la guerra civil y en 2007 veía la luz, tras un largo, enrevesado y polémico trámite parlamentario, la llamada popularmente Ley de la Memoria Histórica (Ley 52/2007). En la última década han proliferado las asociaciones, las iniciativas legislativas, la erección de memoriales, etc. que reclaman una cierta revisión crítica del pasado conforme a ese imperativo ético de recordar a las víctimas (de la Guerra Civil y la dictadura) y resarcir el daño ocasionado.

Vivimos en España, respecto a la interpretación de los momentos medulares y más traumáticos de nuestro pasado (guerra, dictadura y transición) una encarnizada batalla de memorias en la medida que no existe (ni existió jamás, salvo quizás un breve momento durante la Transición) un proyecto consensuado de presente ni de futuro y, por tanto, tampoco una mirada unificadora hacia el pasado. El ultrarreaccionario negacionismo o revisionismo neofranquista ha emergido como respuesta al movimiento de recuperación de la memoria histórica y como plataforma historiográfica encargada de conceder una nueva legitimidad democrática a una derecha que, entregada a la captación del electorado de centro, tuvo que hacer más de una concesión (la más importante el reconocimiento moral de las víctimas de la violencia franquista en la unánime declaración parlamentaria de 20 de noviembre de 2002) a sus adversarios políticos.

Todo ello demuestra que estamos ante una coyuntura crítica, en la que la tradicional y académica escisión entre memoria e historia resulta un tanto burda y hasta cierto punto quiere ser una maniobra defensiva frente a los nuevos escenarios públicos, que desde distintos frentes impugnan el orden historiográfico establecido. Ciertamente existe y se ha abierto paso un ataque frontal hacia el discurso historiográfico dominante, cuya hegemonía, desde las cátedras universitarias y otros centros de poder académico, ostentan, tras penosa pugna y después del estrepitoso derrumbe del antiguo régimen universitario en el tardofranquismo y la Transición, los historiadores progresistas (especialmente los contemporaneístas) forjados en los tiempos de la lucha por la democracia. Éstos han generado un régimen de verdad claramente disfuncional con el discurso y la historia política

de la derecha, que durante algún tiempo hubo de aceptar su preeminencia como un mal menor. La proliferación de los Pío Moa y la tropa de historiadores neofranquistas no es producto de una casualidad o de la mente y voluntad enajenadas de intelectuales reaccionarios o neoconvertos. Es producto de una necesidad de reescribir el pasado y de resucitar identidades políticas adormecidas.

De donde se infiere que la memoria es selectiva, pero la historia también; que aquélla es conflictiva y ésta también. En fin, que una y otra son formas sociales de producir y afrontar el pasado de acuerdo con la situación del presente y conforme a la idea que tengamos del futuro. De modo que, a diferencia de los pareceres dominantes en el mundo académico, es defendible la necesidad de una historia con memoria, esto es, una historia crítica que entienda la propia producción historiográfica como una parte de las memorias y experiencias sociales que pugnan por hacerse oír y configurar la conciencia histórica de los ciudadanos. Pero, claro, esta memoria, como todos los juegos de saber-poder, también tiene su historia. El caso de la Transición resulta, a estos efectos, paradigmático de las sucesivas fabricaciones del pasado. Es más, seguramente nos encontramos en los últimos años, dentro de una operación política de mayor alcance, en un momento clave de reescritura y reelaboración de pasado, que tiene su punto nodal en la interpretación de la Transición.

## 2.

### La memoria de la Transición como campo de batalla y mito fundacional de la actual democracia

Nuestra conciencia histórica es, por definición, fruto de sucesivos presentes y de mudables circunstancias. Recordamos lo que nos *interesa* y *podemos* recordar, desde nuestra perspectiva de clase, de género, de edad, de cultura, etc.; olvidamos lo que no nos ocupa o resulta inconveniente, traumático o poco adecuado. En este sentido, la memoria individual y social (una y otra se interpenetran) siempre son construcciones en un proceso de constante reestructuración.

Más bien toda impresión pasada está sujeta a una continua reelaboración a partir de experiencias que se tienen en el presente [...]. Por lo tanto, recordar no es reproducir una impresión o experiencia del pasado, es reconstruir ésta a partir de experiencias que se viven en el presente y a través de marcos sociales que fijan el recuerdo con otros y partir de otros. La distorsión del pasado que supone la reconstrucción del recuerdo en el presente, es parte constitutiva de la memoria, no un defecto de ella. En suma, recordar no es reencontrar, es reconstruir una experiencia del pasado no tal y como fue, sino tal y como aparece reconfigurada a la luz del presente mediante marcos sociales que actúan como filtros relativos a través de los cuales fluye el tiempo.

Rafael H. Farfán

Hoy la Transición es para la gente de más de cincuenta años una experiencia histórica vivida y al mismo tiempo comprendida de forma muy diferente y dinámica. Un joven que tuviera veinte años en 1975, habría sido testigo de unos

hechos que motivaron interpretaciones distintas entonces, más tarde y ahora. Posiblemente él mismo habrá ido acumulando muy matizadas y cambiantes percepciones sobre sucesos presenciados, dado que quien recuerda nunca es el mismo (porque no lo son sus circunstancias) y lo recordado no deja de ser materia fluyente. La misma experiencia de la transición, en tanto que fenómeno encuadrado en la llamada «tercera ola» democratizadora<sup>9</sup>, ha sufrido una fama internacional decreciente. Ha pasado de ser glorificada como paradigma de acceso a la libertad merced a un parto no traumático y pacífico a ser considerada como un acontecer lleno de lagunas y olvidos. Pero antes de su posterior descrédito la democracia española se presentaba como un pacto originario pleno de bondades, y esa imagen idílica recorría el mundo, especialmente era llevada a tierras hispanoamericanas donde años después se iniciarían sus propios procesos de salida de las dictaduras militares<sup>10</sup>. De esta suerte, en el contexto de la nueva escalada democrática que sacude al mundo tras la caída del muro de Berlín, la experiencia española, era defendida acá y acullá por tirios o troyanos (socialistas y neoliberales), y se erigía en una parte del arsenal argumentativo de esa especie de *happy end* de la historia que se forjó en la década de modernización conservadora emprendida por Margaret Thatcher y Ronald Reagan en sus respectivos países. Fueron esos años ochenta, los del largo silencio socialista (1982-1999)<sup>11</sup>, los tiempos dorados de una interpretación edulcorada, que, desde finales de los noventa, se ha desmoronado y que hoy, por muy variados motivos, presenta claros síntomas de una total ruina. Hoy la leyenda de la Transición como origen legitimador de la democracia española se ha venido abajo. La propia Ley de Memoria histórica de 2007 significa una notable falta de acuerdo entre los partidos herederos del bando republicano (izquierda y nacionalistas vascos y catalanes) y los herederos del bando de Franco (PP). Y es que esta escisión, después de tantos años de democracia, no se cerró o, mejor, se suturó a base de «echar al olvido», sin considerar la historia pasada ni muchos de los problemas del presente<sup>12</sup>.

No es momento aquí de extendernos en la historia de las miradas sobre la Transición. Pero sí convendría decir, parafraseando a un célebre analista chileno<sup>13</sup>, que la democracia española de hoy es hija de la dictadura de ayer. Y más precisamente del armazón y fundamento sociológico gestado en los años del desarrollismo. La mezcla de razón tecnocrática y autoritarismo político puede ser y fue el sustrato sobre el que se erigió la democracia española, incapaz de encontrar un bloque político y cultural capaz de sustituir el viejo modo de dominación. Las primeras reformas parciales de los años sesenta y setenta contribuyeron a gestar una elite burocrática independiente del régimen (la típica burocracia «independiente» y fiel servidora del Estado cualquiera que sea su «dueño»), de la que, por ejemplo, Salvador Sánchez Terán, al que nos referiremos luego, es una muestra muy expresiva. Tanto la creación de una elite de Estado, técnicamente cualificada y muy vinculada a los aparatos de la política económica y de la producción simbólica, como el creciente consumo de educación y acreditaciones académicas favorecieron la crisis del franquismo, que no su destrucción, y la llamada transición democrática.

Tempranamente algunos pensadores por libre y fuera de los canales académicos habituales acuñaron términos como la «inmaculada transición» (J. Vidal Beneyto *dixit*), o denunciaron la sordera colectiva de las voces del pasado que ni siquiera llegaron en forma de ecos. Algunos, como Gregorio Morán (*El precio de la Transición*, Barcelona: Planeta, 1991), hablaron ya de una amnesia sobre el pasado que se cobró un precio muy alto, y que venía hacer verdad aquello de que, parafraseando a T. Moulian, el consenso habría sido la etapa más alta del olvido. Artículos de prensa y otros textos publicados por personas como Gregorio Morán y José Vidal Beneyto iban en contra de la corriente principal. Decía este último, en un artículo titulado «La victoria que no cesa», en el tono que caracterizaba su prosa, que para evitar la ruptura democrática se había practicado a los españoles «la ablación de la memoria histórica» (*El País*, 14-12-1980). Eso que hoy sería un tópico muy frecuentado por la actual familia política de izquierda en 1980 era una opinión excepcional y a contrapelo. En una entrevista publicada en *Cambio 16* en 1983, el 48% de los entrevistados explicaban la actuación de Franco por su gran amor a España y casi la mitad opinaban que ambos bandos de la guerra civil luchaban por la libertad y el progreso<sup>14</sup>. Doce años después, en 1995, *El País* se hacía eco a través de los resultados de otra encuesta de cómo la memoria feliz se había instalado entre la mayoría de los españoles:

20 años después. La Transición sube al cielo. Veinte años después de la muerte de Franco, los españoles han decidido enterrar su recuerdo con benevolencia, según una encuesta de Demoscopia para *El País*. El franquismo es visto por el 63% de los jóvenes como una etapa que tuvo cosas buenas y cosas malas. La Transición constituye un orgullo para el 82% de los ciudadanos. El Rey y Adolfo Suárez despiertan el entusiasmo de los encuestados por su labor en el proceso democrático.

*El País*

*Cosas buenas y cosas malas*, o sea, como las estaciones del año, como la vida misma. Semejante agujero en la conciencia histórica democrática sobrevivirá a sus creadores. Este corte en la conciencia viva del pasado reciente habla con suma elocuencia de los efectos duraderos de las políticas de la memoria y la educación ciudadana practicadas desde diversas instituciones de la España posterior a 1975. Establecida la democracia como una operación de refinada cirugía jurídica, que se presentaba como una valerosa, inteligente, generosa y desinteresada autoinmolación de la vieja clase política en beneficio del interés nacional, el periodo de gobiernos socialistas vino a completar este ciclo histórico del olvido y el consenso, incorporando, como aportación ideológica más sustantiva, la idea-slogan de la modernización de España. Por fin, tras el ingreso en Europa en 1986, parecería como si la historia colectiva española hubiera encontrado su rumbo imparable hacia el progreso. La España de mediados de los noventa iba bien, como, entre otros, luego se encargarían de explicar algunos historiadores que, como J. P. Fusi y J. Palafox (*España 1808-1996: el desafío de la modernidad*, Madrid: Espasa-Calpe, Madrid, 1997), introdujeron y difundieron

en esa década, con la inapreciable colaboración de ilustres hispanistas, el tema de la normalidad del pasado español, negando las presuntas anomalías que habían denunciado otras interpretaciones optimistas y panglossianas.

En este magma ideológico, entre el tecnocratismo de los viejos franquistas convertidos a la democracia y el ideal modernizante de los nuevos socialistas entregados a las excelencias de la economía de mercado, se han fraguado esquemas y estilos de recordar el ayer desde la autosatisfacción del hoy, esa memoria que, al decir de W. Benjamin, empatiza con los vencedores en forma de reverencia por el presente, despreciando el pasado ausente de los vencidos. Sin embargo, la victoria de la interpretación feliz de la Transición española no ha sido ni mucho menos definitiva. Después de los catorce años del *gobierno largo* del PSOE, algo empezó a cambiar. En 1996 aparecía el libro de Paloma Aguilar, *Políticas de la memoria y memorias de la política* (1996)<sup>15</sup>, que actualizaba, en la literatura académica, la idea de «pacto de olvido» o «amnesia colectiva», que hasta entonces había circulado en círculos muy restringidos y minoritarios de una publicística hiper crítica con la Transición.

Entonces, desde la derecha y la izquierda se dio lugar a un cierto afán de revisionismo y, por razones muy distintas, comenzó a pensarse en la necesidad de una «segunda transición», que significaba una ampliación y replanteamiento de los supuestos hasta entonces motivo de consenso. Como no podía ser menos, la mitología complaciente sobre la que se había levantado la primera quedó así mortalmente herida. El tema de la memoria histórica de la Guerra Civil y el franquismo fue la piedra de toque sobre la que se rompieron las viejas concertaciones constitucionales y la estrategia de «echar al olvido» parte de lo acontecido, muy especialmente de las responsabilidades políticas y penales de los sucesos más cruentos del pasado. El desprestigio de muchas de las transacciones del camino hacia la democracia significaba para la izquierda reclamar las insuficiencias del modelo político surgido de la Constitución, de modo que se exigieran cambios y desarrollos en el andamiaje institucional básico. Para la derecha, en cambio, suponía amarrar los contenidos más conservadores, muy particularmente los que se refieren a la armadura de la comunidad estatal como una nación única e integral al tiempo que, como de tapadillo, se trataba el periodo franquista como un mal menor para llegar a la democracia. Cuando la izquierda volvía el rostro hacia la II República como máximo precedente de legitimación democrática, la derecha acudía a antecedentes legitimadores de muy opuesta significación (desde el canovismo hasta el propio franquismo tecnocrático). En fin, en este cruce de batallas sobre el pasado, la imagen uniforme, dulce y positiva del paso a la democracia quedó fuertemente afectada. No obstante, los esfuerzos televisivos (por ejemplo, *Cuéntame cómo pasó* y el docudrama *23-F, el día más difícil del Rey*) por construir y fijar una narrativa de baja calidad histórica pero de meliflua intensidad emocional marcaron el patrón interpretativo *ad usum populi*. Así pues, en mitad de una tempestad de debates historiográficos y políticos en torno a las partes más traumáticas de nuestro pasado, la cultura industrial de masas (principal forja de la conciencia colectiva e identidades en la era del totalcapitalismo) cinceló una nueva/

vieja imagen consensual basada en los retazos de la memoria historiográfica, pero principalmente de los fragmentos de la memoria periodística. La Transición, al nivel de la cultura de masas, ha quedado petrificada y convertida en un interminable serial de emociones.

## 3.

### Memorias y olvidos de un protagonista de la Transición. Los embelecos e identidades políticamente correctos de la derecha española

La conciencia histórica y la memoria hegemónica sobre la Transición se ha nutrido de fuentes muy diversas, entre otras la extensa literatura del yo que navega entre el testimonio personal y la narración. A esa particular egohistoria pertenece el ejemplo que hemos elegido como muestra de la literatura apologética a propósito de la Transición como proceso immaculado y como piedra angular de un presente constitucional feliz. Esta fabricación del pasado se diría que se ha afianzado como la interpretación de lo políticamente correcto (expresión inglesa a menudo empleada por la derecha contra la izquierda), como el canon de unas identidades políticas conservadoras que buscan su legitimidad de origen en su comportamiento durante el paso a la democracia y, por extensión, en una legendaria fidelidad a la monarquía y a la religión como cemento y roca madre de la patria española, ahora ya revestida con los ornamentos de la democracia occidental.

Veamos un ejemplo. La figura de Salvador Sánchez Terán no es una elección indispensable pero de ninguna manera se podría tildar de caprichosa. Su trayectoria compone una de las vidas más ejemplares de las clases dirigentes, del molde de *cursus honorum* de la minoría destinada a mandar en España, ahormado durante los años sesenta<sup>16</sup>. Desde esa tan particular atalaya vital y desde los marcos sociales de su carrera profesional se proyecta una mirada muy «situada» y ya se comprenderá que la memoria de la Transición manejada por este protagonista tienda a mezclar el almíbar de la nostalgia con las obligaciones de clase y género propias de su lugar dentro del espacio social. Ocurre que, como no podría ser de otro modo, la memoria más que un recuerdo desnudo de un acontecer (tal cosa, como vimos, no existe), o de un espejo donde queda apresado el pasado, se trasmuta en un edificio construido a base de argumentos *pro domo sua*.

Nuestro personaje impartió una conferencia en un centro educativo de Salamanca con motivo del trigésimo aniversario de la carta magna, que llevaba por título *La Constitución española de 1978 treinta años después*. Si analizamos su contenido, enseguida comparecen los marcos y filtros que intervienen y guían su discurso. Pronto, en efecto, se hace patente cómo la manera de recordar siempre alude al presente y nos lleva ineluctablemente a los propósitos de futuro del hablante. Desde luego, su análisis del devenir histórico del constitucionalismo español no tuvo desperdicio: todo un oráculo de la derecha española. Un canon explicativo que en los últimos años se ha fortalecido tras el centenario de la muerte de Cánovas, las celebraciones del desastre del 98 y otros eventos conmemorativos inherentes a la historia monumental, esa rememoración gloriosa y triunfalista del pretérito. Habría, según tal canon, un hilo democrático iniciado en Cádiz y culminado,

con lamentables paréntesis, en 1978<sup>17</sup>. El ilustre ponente no tuvo reparo alguno en asimilar liberalismo a democracia ni en juzgar a Cánovas del Castillo como un preclaro demócrata (desconociendo las encendidas peroratas del celeberrimo político malagueño contra el sufragio universal, al que consideraba antesala del comunismo) y precursor de la sin par monarquía parlamentaria de la que hoy disfrutan los españoles. Así, tomando algunos de los lugares comunes de la historiografía conservadora, la Restauración se valora como un régimen democrático precedente del actual, mientras que la II República comparece como una fórmula intransigente de constitucionalismo excluyente y de comportamiento dudosamente democrático, muy diferente al actual; de una, la República, se dice (más o menos indirectamente) que trajo la guerra; a la otra, la Restauración, en cambio, le debemos la paz. Este aparejo discursivo elude, claro, el elogio directo del franquismo, que, al fin y a la postre, fue un periodo no democrático, por no monárquico, que rompe el *filum* de la democracia española personalizada en la Corona. En suma, las palabras de S. Sánchez Terán constituyen un perfecto alegato de su clase, del discurso histórico político que ya no tiene autoría individual porque, como la memoria, se forja a través de filtros sociales de carácter impersonal. Sólo que en ese momento el ingeniero-político-empresario participa y es participado por el discurso en tanto que desempeña la función de autor y actor del mismo.

Ciertamente, esta visión histórica de la España contemporánea se adereza de un especial afán explicativo y autojustificativo de los años en los que tuvo protagonismo histórico. La apología de la monarquía se acompaña de un notable desprecio por las luchas de masas y de organizaciones de izquierdas por el advenimiento de un sistema político de libertades. En algún momento el conferenciante se investió incluso de autolegitimidad democrática al recordar que él, siendo demócrata de toda la vida, para luchar contra la dictadura recurrió al «entrismo», que era, en su opinión, la táctica que se practicaba en Acción Católica a la que pertenecía. Esa habilidad de infiltración en las áreas de poder del franquismo le valdrá la dirección de RENFE (1970-1973) y la Subsecretaría de Obras Públicas (1973-1975), y eso aconteció mientras otros practicaban una resistencia radical y violenta sin sentido alguno... En cierto modo, la historia le dará la razón pues la democracia descendió a la tierra desde las alturas del régimen del general Franco y nuestro conferenciante es una encarnación de esa nueva elite político-económica gestada durante el desarrollismo y el tardofranquismo, que se puede considerar sin temor a la exageración como el embrión del proceso controlado de cambio político y como sustrato directivo fundamental de la actual democracia española. Esa minoría se encargaría, con sus ideas-actos, de hacer aparecer la democracia como una realidad fruto de una donación otorgada al pueblo desde el poder.

Salvador Sánchez Terán ha explicado con mayor amplitud y detalle en algunas de sus obras<sup>18</sup>, cuyo formato navega por las poco exigentes aguas del género de memorias, confesiones y ensayos político-históricos, esto es, por los textos que persiguen la divulgación y la autoexplicación. Precisamente en su libro *La transición. Síntesis y claves* (Barcelona: Planeta, 2008), se expresa esta tónica argumentativa y se

compendia la fabricación de una memoria realizada desde una mirada feliz y complaciente del presente. Aquí se practica esa suerte de «determinismo retroactivo» según el cual las metas a las que se llegó en el proceso de transición serían un resultado previamente buscado<sup>19</sup>. Lo cierto y verdad es que la Transición se dio en mitad de una crisis orgánica de representación de las clases dominantes a las que el franquismo ya no servía pero tampoco había un recambio disponible con carácter inmediato. La superación de esa crisis se ha presentado como una aventura heroica y consensuada hacia la democracia. En este contexto se han ido fabricando azucarados embelecos y quimeras (como los ocasionados por la noche de Lope de Vega), una auténtica representación mítica del pasado en la que han participado algunos medios académicos, periodísticos, políticos, escolares, populares, etc. La trascendencia de esta construcción legendaria que ha parasitado de manera invasiva la conciencia histórica de la mayoría de los españoles colaborando a trazar los estrechos límites de nuestra democracia. El pasado, una determinada visión del pasado, diríamos, que está colonizando el presente. Pues bien, la obra de nuestro autor se integra perfectamente en esa reelaboración fabulosa del pasado realizada *ex post facto*<sup>20</sup>.

Si uno se toma la molestia de analizar el aparato iconográfico de ese libro, los resultados son sumamente esclarecedores. Las imágenes son una representación icónica del discurso al modo de nuevos teatros de la memoria. El texto consta de ciento sesenta y siete fotografías más otras dos en la portada y contraportada respectivamente. En general, las ilustraciones gráficas más que fuentes originales, sirven como reafirmación vicaria y como perchas visuales de lo que se dice en el texto, por lo que su valor expresivo refuerza el propio contenido del discurso escrito y, en cierta manera, lo resume y subsume. La inmensa mayoría del soporte gráfico se refiere a retratos individuales o en grupo de personajes políticos que adquirieron relevancia en este periodo histórico. Esta galería de dirigentes políticos ocupa el 91,1% de todo el espacio. El pequeño saldo restante se dedica a temas informativos de cariz muy variopinto. Sólo cinco ilustraciones aluden a problemas o conflictos de aquel tiempo. En conjunto, el equipaje gráfico no puede ser más transparente respecto al tipo de historia y de memoria que se practica: la memoria oficial y desde arriba, esa misma que hoy, gracias a los poderes mediáticos y otros resortes de la cultura de masas, ha adquirido la condición de hegemónica. La misma portada es un compendio de todo ello: Suárez jura su cargo ante un crucifijo siendo testigos el Rey y Torcuato Fernández Miranda, los tres personajes más citados en el elenco fotográfico del interior. De manera que ya, a primera vista, se percibe la tesis de la Transición como un proceso de donación de la democracia, que tiene sus principales fuerzas impulsoras en el Rey y Suárez, con la hábil mediación de Don Torcuato.

En el retablo iconográfico construido cobran una clamorosa ausencia las imágenes de manifestaciones, conflictos o cualquier otro aditamento que pudiera dar noticia de variables sociales dignas de ser tenidas en cuenta a la hora de interpretar el devenir de los acontecimientos políticos<sup>21</sup>. Sólo en cinco ocasiones se insertan imágenes de masas o conflictivas: atentado de la Cafetería Rolando en 1974; manifestación por la autonomía en Barcelona (febrero de 1976); acontecimientos de Vitoria en marzo de 1976; sucesos de

Montejurra en el mismo año; entierro de los abogados laboristas de CCOO en enero de 1977. El resto es un ir y venir de personalidades, de negociaciones en la cumbre, de actos políticos trascendentales. En fin, el clásico *frú frú* político propio de una resucitada Corte de los milagros. La expulsión de la historia que se practica con la clase trabajadora, los movimientos vecinales y los estudiantes, se dobla hasta el absurdo con la práctica desaparición de las mujeres. Hay poquísimas imágenes de mujeres. Sólo en dos de ellas ocupan el lugar central: la reina en una inauguración y Dolores Ibárruri con Alberti en el Congreso de los Diputados en las Cortes constituyentes de 1977. Alguna más de la reina con la familia real y la sufrida consorte del honorable Tarradellas acompañando a su benemérito marido. Y, aunque parezca increíble, nada más.

Por lo demás, el aparato fotográfico desplegado se encuentra al servicio de un discurso interpretativo muy simple que empapa todo el texto: se trata de una memoria muy escorada hacia los hechos y acontecimientos a fin de sustentar una tesis histórica según la cual el Rey y Suárez fueron los pilotos y motores del camino hacia la democracia. Según esto, desde el primer trimestre de 1976, todavía con el inefable gobierno Arias, algunos ya diseñaron lo que luego ocurriría de la mano de Adolfo Suárez. Por encima de los avatares, en expresión de Areilza, el Rey sería el motor del cambio. En suma, el proceso supuso, según expresión que hizo fama, ir «de la ley de la Dictadura a la ley de la Democracia a través de la ley votada por el pueblo» (Sánchez Terán, 2008: 138).

Las simplificaciones de este libro no son mera invención de un protagonista desmemoriado, malintencionado o demasiado interesado. Plasman, nada más y nada menos, que el epítome de los lugares comunes e ideas compartidas de la que ayer fue y hoy, a pesar de la quiebra del consenso, todavía es memoria hegemónica sobre la Transición. Una hegemonía edificada principalmente por la industria cultural de masas, con la colaboración de algunos historiadores, políticos y testigos. Todavía hoy, a pesar de los avances historiográficos y giros políticos acaecidos desde hace una década, la conciencia mayoritaria que los españoles expresan en la encuestas del CIS, una visión muy positiva de la Transición y una valoración muy alta (y superior a la de cualquier otra instancia) de la intervención de la Corona en el proceso de acceso a la democracia<sup>22</sup>. Tal estado de opinión puede interpretarse como que la crisis orgánica de representación de las clases dominantes ha sido, más allá de las alternancias partidarias ocurridas desde entonces, superada con notable éxito por esos grupos sociales, cuya posición y reubicación política se ha verificado con un extraordinario incremento de su legitimidad democrática de origen.

Y este éxito es una de las debilidades estructurales del sistema político actual pues el «modelo español de impunidad»<sup>23</sup> impone unos costes demasiado altos que, más allá del partido gubernamental que se encarama en el poder, se mantiene un discurso hegemónico conservador y una conciencia histórica de los ciudadanos que arroja valores mínimos de temperatura democrática. Ya se ha subrayado que la política hacia el pasado durante la transición implicó un déficit de calidad de la actual democracia española<sup>24</sup>, capaz, por ejemplo, de desembocar hoy en una acción judicial contra

el magistrado que ha osado atender a los familiares de los republicanos desaparecidos durante la guerra y la dictadura posterior. De esta forma el ruido de sables que mantuvo el silencio durante la transición parece hoy trasmutarse en ruido de togas, sutil metamorfosis ésta que blande el Estado de derecho como losa para dejar enterrado y bien enterrado el pasado por siempre jamás. Al parecer, la doctrina oficial de las máximas instancias del poder judicial según la cual la amnistía de octubre 1977 (clave de bóveda del consenso constitucional) impide toda averiguación de los crímenes de lesa humanidad del franquismo, da la razón a los que de una manera implícita o explícita entienden la guerra y la dictadura como eventos desagradables pero inevitables para poder llegar al actual régimen político<sup>25</sup>. Incluso en países como Chile donde se acabó juzgando a parte de los culpables gracias, entre otras iniciativas, a la emprendida por el juez Garzón en 1998 y donde gobernó durante casi veinte años la Concertación Democrática, la comprensión histórica del pasado sigue estando mediada por la devastación moral de la ciudadanía que soportó una larga dictadura. En España, donde la impunidad ha llegado a ser total todavía los vivos tienen que esperar a enterrar a sus muertos. De ahí que dejar el pretérito más reciente exclusivamente en manos de profesionales de la política, del periodismo o incluso sólo de historiadores académicos o sucedáneos de tales, nos puede conducir a reducir la educación ciudadana y adelgazar el espacio público en el que debe realizarse una deliberación sobre el pasado, el presente y el futuro. Precisamente para evitar eso se reclama el uso público de la historia y los deberes de la memoria que tratamos de llevar a los centros educativos<sup>26</sup>. Una identidad democrática sólidamente anclada en la participación ciudadana no se puede mantener sobre la aceptación de una memoria emanada de embelecados complacientes; requiere una *historia con memoria*, esto es, una historia crítica de y con nuestro presente, que interpele a las subjetividades ahorradas en la contemplación pasiva del devenir de las sociedades, y que tenga por advertencia y divisa de permanente recordación que «el orden dominante nos impone el olvido, y [lo que es peor] el olvido de que hemos olvidado»<sup>27</sup>.

## NOTAS

<sup>1</sup> También en el *Menón* se pueden espigar interesantes reflexiones. Por lo demás, sobre este tema ha discurrido brillantemente el profesor Emilio LLEDÓ, a quien debemos el excelente libro *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1994.

<sup>2</sup> Este gigantesco memorial videográfico, compuesto por más de cincuenta mil entrevistas de otros tantos supervivientes, consagra una determinada mirada, sometida a la lógica del *happy end* hollywoodiense y a los valores de la clase media blanca estadounidense. Algo semejante ocurre con el *Yad Vashem*, de Jerusalén, cuyo fin es encerrar en una base de datos, a modo de evitación del silencio y el olvido, el nombre de la totalidad de los seis millones de víctimas. El ideal de apresar «todo» el testimonio y «todos» los testigos es una cacotopía, o sea, una utopía no deseable como la del mencionado personaje de Borges, *Funes el memorioso*. Para mayor detalle, véase mi trabajo R. CUESTA, «La enseñanza de la historia como contramemoria crítica». En S. LEONÉ y F. MENDIOLA (coords.), *Voces e imágenes en la historia. Fuentes orales y visuales: investigación histórica y renovación pedagógica*. Pamplona: Universidad Pública de Navarra, 2007, pp. 153 y ss.

<sup>3</sup> Tema que recientemente ha vuelto a salir a la palestra pública con motivo de la apertura del Museo de la Memoria y los derechos humanos en Chile, inaugurado por la presidenta Michelle Bachelet

en Enero de 2010, poco antes del traspaso de poderes. En este caso, como en otros, se polemizaba a propósito de si el Estado había de ser o no el constructor y legatario de una memoria oficial del pasado. De momento, en España, el reciente Centro Documental de la Memoria Histórica es más un gran archivo que una entidad que genere una determinada producción de memoria.

<sup>4</sup> T. TODOROV ha insistido a menudo en el tema que evoca uno de sus ensayos más conocidos y por el que hacemos esta cita (*Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós, 2000, p. 15). Mucho antes F. NIETZSCHE atacó la enfermedad de una historia excesiva y al margen de la vida en su *De la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1999. G. Steiner acierta, creo yo, al señalar en algunas de sus obras la relación entre memoria y silencio. Así lo denotan mis sensaciones y experiencia en una reciente visita al Centro de tortura y desaparición pinochetista de Villa Grimaldi en Santiago de Chile.

<sup>5</sup> Las dos obras claves sobre la memoria colectiva del sociólogo francés están traducidas al castellano. Para una primera y rápida iniciación a sus aportaciones se recomienda el monográfico de la revista *Anthropos* (n.º 218, 2008). El alcance del pensamiento histórico de W. BENJAMIN ha sido muy afortunadamente glosado por Reyes Mate en *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin sobre el concepto de historia*. Madrid: Trotta, 2006.

<sup>6</sup> La revalorización de la memoria se vincula al pensamiento crítico. Las tres dimensiones (cognitiva, hermenéutica y ética) son a menudo resaltadas por M. REYES MATE dentro del amplio abanico de publicaciones a que ha dado lugar su programa de investigación sobre *La Filosofía después del Holocausto*, y otros autores como J. B. METZ, *Por una cultura de la memoria*. Barcelona: Anthropos, 1999. Uso que se remonta a las digresiones de T. W. Adorno sobre el deber de memoria y a la tradición interpretativa que reivindica una razón anamnética como alternativa a la razón tecnicista e instrumental de la modernidad. Ahí se inscribe el último premio nacional de ensayo, el libro de M. REYES MATE, *La herencia del olvido. Ensayos en torno a la razón compasiva*. Madrid: Errata Naturae, 2008.

<sup>7</sup> Un análisis comparado, en I. OLMOS y N. KEILHOLZ-RÜHLE (eds.), *Cultura de la memoria. La memoria histórica en España y Alemania*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2009. Otra novedad de enfoque comparativo, en esta ocasión con Latinoamérica, es el libro de J. BABIANO (ed.), *Represión, derechos humanos, memoria y archivos: una perspectiva Latinoamericana*. Madrid: Fundación 1.º de Mayo, 2010.

<sup>8</sup> «De nuestras memorias y nuestras miserias». *Hispania Nova*, n.º 7, 2007, p. 13; disponible en <http://hispanianova.rediris.es>. Ahí puede el lector encontrar un debate muy significativo y agrio entre historiadores de posiciones encontradas (Santos Juliá versus Francisco Espinosa), dentro del que destaca una muy meritoria y cabal síntesis de los movimientos por la memoria histórica a cargo del historiador P. Ruiz Torres. Para una visión de conjunto, véase J. CUESTA, *La odisea de la memoria en España. Historia de la memoria en España*. Madrid: Alianza, 2008; y L. CASTRO, *Héroes y caídos. Políticas de la memoria en la España contemporánea*. Madrid: La Catarata, 2008.

<sup>9</sup> Por esos años hizo furor la moda de este término extraído de la mediocre obra de S. P. HUNTINGTON, *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*. Barcelona: Paidós, 1994. Esta clase de literatura, de muchas ventas en el mercado editorial, se acompaña también de las disquisiciones de F. Fukuyama sobre el fin de la historia y otras fantasías nacidas al calor del éxito de un renacido hegelianismo de papel al servicio del ineluctable triunfo del capitalismo.

<sup>10</sup> Muy pocas veces se mencionaba el coste de 460 muertos en actos terroristas de diverso signo entre 1975 y 1980, y de 63 víctimas en manifestaciones callejeras. Véase, al respecto, P. AGUILAR, «Justicia, política y memoria: los legados del franquismo en la Transición española», en A. BARAHONA DEL BRITO y otros (eds.), *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*. Madrid: Istmo, 2002, p. 147.

<sup>11</sup> Sobre el que han entonado el *mea culpa* Felipe González o Alfonso Guerra, sus máximos responsables. Por ejemplo, así lo hace el ex presidente de Gobierno en el libro de conversaciones entre J. L.

CEBRIÁN y F. GONZÁLEZ, *El futuro no es lo que era. Una conversación*. Madrid: Aguilar, 2001.

<sup>12</sup> Esa expresión fue popularizada, en 2003, en un célebre artículo de Santos JULIÁ, «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición». *Claves*, n.º 129, 2003, pp. 14-24), que defendía la inexistencia de un pacto de silencio y afirmaba, en cambio, que todo consistió en un voluntario «echar al olvido», sacar al pasado traumático del debate político.

<sup>13</sup> T. MOULIAN, eminente sociólogo, ha sido un crítico muy incisivo de la herencia dictatorial adherida a la nueva democracia chilena, por ejemplo, en *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LIM, 1998.

<sup>14</sup> W. L. BERNECKER, «Democracia y superación del pasado: sobre el retorno de la memoria histórica reprimida en España, en I. OLMOS y N. KEILHOLZ-RÜHLE, *La cultura de la memoria. La memoria histórica en España y Alemania*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2009, p. 64.

<sup>15</sup> Este libro, que obtuvo un éxito muy notable con motivo de su aparición, se ha reeditado en 2008, año del trigésimo aniversario de la Constitución de 1978, en la misma editorial (Alianza) y con el mismo nombre pero con un contenido muy ampliado y transformado, mitigando ahora el filo y la incidencia críticos que en su momento tuvo.

<sup>16</sup> Nacido en Logroño en 1934, padre de familia numerosa, doctor Ingeniero de Caminos, Presidente Nacional y Vicepresidente de la Juventud de Acción Católica. Director General de RENFE (1970-1973), Presidente de Telefónica (1980-1982), de la COPE (1993-1999), entre otras empresas. Entre 1973-1975 fue Subsecretario del Ministerio de Obras Públicas, Gobernador Civil de Barcelona (1976), asesor de Suárez (1977; negociador del regreso de Tarradellas del exilio, diputado constituyente y ordinario por Salamanca (1977 y 1979), ministro de Transportes (1978-1980) y de Trabajo (1980). Actualmente presidente del Consejo Social de la Universidad de Salamanca, consejero y asesor de varias empresas y director de su propia actividad empresarial familiar.

<sup>17</sup> El molde explicativo de la derecha española del pasado nacional ha sufrido, desde la Transición, una reacomodación estratégica, de forma que posibilitara conciliar regímenes de verdad hasta entonces antagónicos (el nacionalcatolicismo franquista de raíz menendezpelayista y el liberalismo nacionalista-constitucionalista en versión neoliberal), de forma que el liberalismo (que era pecado en el siglo XIX) ha sido salvado del infierno y puesto en circulación junto a las tradicionales evocaciones unificadoras como Recaredo, la Reconquista, los Reyes Católicos, el Concilio de Trento, etc. La repesca imposible de Azaña por José María Aznar dentro de lo que llamó la «segunda transición», o las más recientes y madrileñas conmemoraciones del bicentenario de 1808 pueden ser un ejemplo de la apropiación de la tradición liberal, cuyo máximo techo se sitúa cuando en las ponencias del XIV congreso del PP en 2002 se apoderan del habermasiano y «socialdemócrata» concepto de *patriotismo constitucional* como arma para luchar contra los patriotismos culturales de la llamada periferia. Ello no empece que, a la menor, comparezca, al lado del anterior marchamo democrático, el más rancio discurso nacionalcatólico. Contra los otros nacionalismos vale todo y ese «todo» es uno los *déficit* de identidad más notable de la actual derecha política.

Para una visión cabal de estos asuntos, véase, por ejemplo, los artículos de C. HUMLEBAEK, «Usos políticos del pasado reciente durante los años de de gobierno del PP», *Historia del Presente*, n.º 3, 2004, pp. 157-167; o P. C. GONZÁLEZ CUEVAS, «El retorno a la tradición liberal-conservadora (el discurso histórico-político de la nueva derecha política)», *Ayer*, n.º 22, 1996, pp. 71-87; y también, X. M. NÚÑEZ SEIXAS, «Sobre la memoria histórica reciente y el discurso patriótico español en el siglo XXI», *Historia del Presente*, n.º 3, 2004, pp. 137-155.

<sup>18</sup> Además de la aquí comentada, la más célebre es *De Franco a la Generalitat*, Barcelona: Planeta, 1988, donde narra las peripecias del regreso de J. Tarradellas, una de las operaciones más sutiles del retorno controlado a la democracia.

<sup>19</sup> Ferrán GALLEGU, *El mito de la Transición. La crisis del franquismo y el fin de la democracia (1973-1977)*. Barcelona: Crítica, 2008, p. 709.

<sup>20</sup> Suceso asaz expresivo es el «regreso glorioso de Suárez», un retorno cuajado de medias verdades y muchos olvidos. Uno de los libros de la «moda Suárez», éxito de ventas (A. HERNÁNDEZ, *Suárez y el Rey*. Madrid: Espasa, 2009), viene ilustrado por una portada que muestra la fotografía, tomada en 2008 por el hijo del ex presidente, en donde se ve de espaldas al Rey y a un Suárez ya enfermo paseando por un jardín. El Rey lleva del hombro al político de Cebreros, a ése que la clase política de siempre consideraba en su tiempo un don nadie de la política y a ese mismo que todos hoy pretenden abrazar como un signo de identidad de la derecha española, ayuna de héroes democráticos en sus anales. Véase el breve pero excelente artículo de L. R. AIZPELOA («Vuelve Suárez», *El País*, 5-12-2009).

<sup>21</sup> Existe en el mercado editorial una contranarrativa iconográfica. Se trata del libro de N. SARTORIUS y A. SABIO, *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España, 1975-1977*. Madrid: Tema de Hoy, 2007. Aquí el embeleco, propio del voluntarismo de izquierda, consiste en presentar la Transición como una sucesión de luchas, como «conquista». Para ello, desde la portada, las imágenes evocan al pueblo en marcha... En fin, dos programas iconográficos, de derecha e izquierda, al gusto del consumidor. ¡Y luego dicen que eso de la derecha y la izquierda es cosa del pasado! Pruebe el lector a hacer una lectura en paralelo de ambos textos.

<sup>22</sup> Véase un resumen de esas encuestas y de todo lo que estamos diciendo en José Antonio CASTELLANOS, «De consensos, rupturas y nuevas historias: una visión de la Transición desde la España actual», en D. A. GONZÁLEZ MADRID (coord.), *El franquismo y la Transición en España*. Madrid: La Catarata, 2008, pp. 154-178. Como se dijo más arriba, el clamoroso éxito de la reciente y acrítica serie televisiva sobre el papel del Rey en el golpe de Estado del 23-F, es, de manera indirecta, una prueba de la adhesión a la idea acuñada por Areilza del Rey como piloto de la Transición. Representación estereotipada que a menudo comparece también en los manuales de historia escolar.

<sup>23</sup> S. GÁLVEZ, «Las víctimas y la batalla por el derecho a la memoria», *Mientras Tanto*, n.º 97, 2005, p. 35.

<sup>24</sup> Asunto que, entre otros ha destacado J. COLOMER en su libro *La transición a la democracia: el modelo español*. Barcelona: Anagrama, 1998. Por su parte, V. NAVARRO, *Bienestar insuficiente, democracia incompleta. Sobre lo que no se habla en nuestro país*. Barcelona: Anagrama, 2002, también se ocupa de las insuficiencias de la democracia española como resultado de la desmemoria histórica y de un Estado asistencial infradotado.

<sup>25</sup> Esta tendencia, de vieja estirpe jesuítica, a aceptar (el fin justifica los medios) la violación masiva de derechos humanos también se dio de forma muy expresiva en el inicio del proceso chileno de transición a la democracia, donde se tardó mucho tiempo en pasar de una política de mera reconciliación y perdón en la que las causas de la dictadura se atribuían a factores incontrolables (cuyo exponente sería el *Informe Rettig* de 1991), a otra de exigencia de responsabilidades y procesamiento de los culpables (que se inicia en 1998 con la petición de extradición de Pinochet a cargo del juez Garzón, que se consolida en el trigésimo aniversario del golpe militar de septiembre de 1973 y se afianza con el *Informe Valech* de 2004). A diferencia de España, la jurisprudencia de los tribunales chilenos, siguiendo los nuevos rumbos del derecho penal internacional, dejó de acatar la autoamnistía pinochetista de 1978. Véase G. WALDMAN, «Chile: la persistencia de memorias antagónicas», *Revista Política y Cultura*, n.º 31, 2009, pp. 211-234. Y el trabajo todavía inédito más exhaustivo de la tesis doctoral de G. RUBIO, *Memoria y pasado reciente en la experiencia chilena: hacia una pedagogía de la memoria*. Universidad de Granada, 2010.

<sup>26</sup> Que venimos sosteniendo en algunos de nuestros trabajos, como *Los deberes de la memoria en la educación*. Barcelona: Octaedro, 2007, donde se argumenta acerca de la necesidad de una muy distinta enseñanza de la historia a la que habitualmente reina en nuestras aulas.

<sup>27</sup> J. IBÁÑEZ, *Más allá de la sociología. El grupo de discusión, técnica y crítica*. Madrid: Siglo XXI, 1979, p. 503.